

ESA HISTORIA A LA VUELTA DE LA ESQUINA





Foto: Julio Zadik

***ESA
HISTORIA
A LA
VUELTA
DE LA
ESQUINA***



ÍNDICE

- 09** Presentación
- 10** Esa historia a la vuelta de la esquina
Luis Pedro Taracena Arriola
- 16** Entre el recuerdo y el olvido se inmiscuye la memoria
Luis Pedro Taracena Arriola
- 22** Historia y memoria, lecciones para hoy y mañana
Luis Pedro Taracena Arriola
- 28** La forma de la historia
Emiliano Valdés
- 34** La fotografía, referente esencial de la memoria
Daniel Hernández-Salazar
- 38** Arqueología y representación de nuestra memoria de violencia
Carolina Escobar Sarti
- 44** Pueblos indígenas y derechos colectivos, un caminar cotidiano
Alma López
- 49** Memorias fragmentadas de un espacio diverso
Anabella Acevedo
- 55** Jóvenes y memoria
César García
- 60** Autores
- 65** Créditos



Foto: Daniel Chauche

En Guatemala, el rescate de la memoria es una lucha constante y resulta vigente hoy en día la necesidad de reconstruir e interpretar la historia de este pueblo.

Echar la vista atrás, significa mirar al siglo pasado, a hechos que explican el desenlace armado y visualizan y visibilizan nombres, rostros, vida y esfuerzos de mujeres, hombres cotidianos y anónimos comprometidos en sus objetivos de vida con el pasado, el presente y el futuro de Guatemala y que representan de manera protagonista la historia de Guatemala.

Este proyecto expositivo se enmarca en la Estrategia de Construcción de la Paz, prioridad para la cooperación española, concretamente a través de la capacitación y la concienciación a las sociedades locales para que conozcan su memoria e historia, atiendan a las causas y efectos visibles de los conflictos violentos, propiciando así la mejora del bienestar global.

El objetivo de esta muestra es por ello contribuir a crear un espíritu de conciliación nacional, una comprensión crítica del presente de Guatemala, para construir una sociedad más justa e igualitaria, así como reforzar la sensibilidad de la ciudadanía por el respeto de los derechos humanos, la seguridad humana y la construcción de la paz como desafíos fundamentales del siglo actual y condición imprescindible para generar un desarrollo humano sostenible. Todo ello a través de la comprensión e interpretación razonada de los hechos del pasado histórico reciente.

Deseamos que esta exposición les permita evocar una visión propia de su pasado histórico y contribuya a la creación de memoria colectiva, para seguir construyendo el futuro de Guatemala sobre la paz.

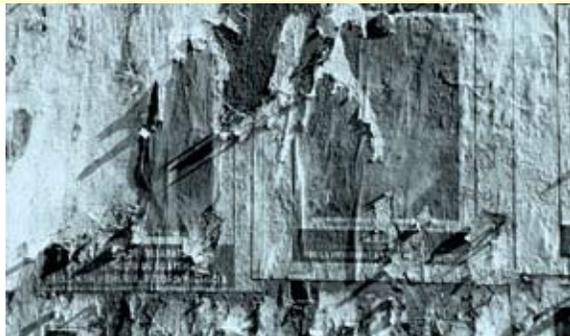
Mercedes Flórez

Directora

Centro de Formación de la cooperación española en La Antigua



ESA HISTORIA A LA VUELTA DE LA ESQUINA
UNA EXPOSICIÓN QUE VIVIFICA LO QUE FUE, LO QUE YA NO ES Y
LO QUE HA SIDO
Luis Pedro Taracena Arriola



Esa historia a la vuelta de la esquina esta ahí “nomás”. Al mismo tiempo que nos es próxima nos es lejana. Nos es familiar, y sin embargo nos es extraña. Para unos, esa historia está aún presente. Para otros, es asunto clausurado. Unos la buscan, mientras otros temen mirar hacia atrás. Para unos ese movimiento retrospectivo es motivo de recuerdos incómodos, de implicaciones y, a veces, de culpabilidades. Para otros, de implicaciones, señalamientos y, en ocasiones, de reconocimientos. A ambas aristas las une la implicación (comprometer, inculpar, enredar, meter, liar, mezclar, responsabilizar, mojarse, pringarse, incluir, conllevar, extrañar, suponer, contener, comprender, significar, expresar, simbolizar, acarrear). Al final, de una u otra manera todos y todas participan, ya sea como actores o protagonistas, ya sea recibiendo las olas de sus consecuencias; pero no todos la describen de la misma manera y sus interpretaciones se vuelven objeto de disputas.

Temporalmente se aferra a los símbolos modernidad, contemporaneidad y mundo conocido. Su inicio lo asociamos con el acontecimiento-mito de 1944. Sus desarrollos muestran múltiples dificultades para conectarnos con intereses compartidos. El ser compartida, el mantener continuidades de violencia e intolerancias y el demostrar cambios acelerados —unos hacia adelante y otros hacia atrás— son sus constantes. Es historia vivida por algunas generaciones actuales, y transmitida como ecos a las más jóvenes. Es historia que recorre secuencias variadas de ciudades a campos, ya sea como espacios de protagonismos o como deslizamientos de la historia. Primero narrada en el mundo urbano, que se ve a sí mismo como centro, para luego serlo en el campo, escenario de confrontaciones y de nuevas movilizaciones. Es una historia-memoria que puede verse como clausurada, aunque no cicatrizada. También se puede ver como lecciones aprendidas para enfrentar actualidades inquietantes.

Textos e imágenes recorren retazos —no sus hitos— de ese pasado, recreando sensaciones conocidas y alarmantes. Una cantidad de imágenes que vivifican el pasado, pero que al mismo tiempo nos ayuda a deducir relaciones causales y sobre todo a reconocer a los actores. Fotografías documentales o representaciones que oscilan entre el arte y el fotoperiodismo son los principales recursos de esta exposición. Colecciones fotográficas del Imparcial y El Gráfico, periódicos ya desaparecidos, fotógrafos reconocidos, algunos desde la incursión en expresiones artísticas que nos muestran figuraciones de personas, hechos o acontecimientos y otros afincados en la caza de la noticia y el reportaje, nos enseñan imágenes que hacen perdurar el instante como efecto de realidad. Videos que narran acontecimientos que buscan graficar memorias

más que documentar hechos. Imágenes inéditas algunas, otras conocidas. Escenas y eventos únicos por desarrollarse en momentos irrepetibles, sin embargo, muchas de ellas parecen repetirse en el tiempo, un “ya vi eso” y al aparecer imágenes similares una y otra vez parecieran perder impacto. El riesgo, como sabemos, es la indiferencia creciente que reproduce una sensación de normalización. Pero, precisamente ese repetir, esa indiferencia, esa naturalización, nos amarra al pasado y se convierte en medida para imaginar su impacto. Imágenes comunes: soldados, muertos, asesinatos, atentados, políticos reunidos en un sinfín de eventos, marchas, manifestaciones, pobreza... perduran como formas de relación y confrontación. No debemos olvidar que son imágenes de sucesos extraordinarios convertidos en ordinarios. Por ello, el pasado debe verse con una seriedad y forma reflexiva que supere el simple desdén del “ya pasó”. Nada nos garantiza que no vuelvan a suceder esas imágenes, esos lugares comunes, si no actuamos en el presente.

Por eso, la exposición apuesta por reflexionar sobre lecciones aprendidas, no sólo para el futuro sino para actuar en el presente. Ésta se complementa con un proceso de carácter pedagógico, donde las imágenes que representan esa historia puedan abrir puertas a jóvenes y maestros del área para construir aprendizajes, que dirijan energías y reflexiones surgidas en el transcurso de su visita y de las actividades que se realicen hacia la transformación de las relaciones cotidianas y la construcción de una cultura de paz. La riqueza de estímulos visuales y multimedia que ofrece la exposición sobre esa historia reciente de Guatemala brinda una oportunidad para que se convierta en un medio que facilite a los visitantes construir esos aprendizajes. Su proceso se realizará a través de instrumentos pedagógicos y actividades educativas en el Centro de Formación de Antigua Guatemala, así como en Escuelas, Institutos y Colegios de la región de Sacatepéquez y algunas áreas de Guatemala y Chimaltenango.

Además, se llevará a cabo un proceso reflexivo con una serie de actividades de divulgación y de debate en conjunción con instituciones comprometidas con el impulso de la cultura de paz. Cabe recordar que los temas implícitos fácilmente perturban y adquieren niveles polémicos. Existen dos posiciones claras frente al pasado: los que apelan a la memoria y los que apelan al olvido. Éstas se relacionan con las proyecciones de los que buscan recuperar la memoria para utilidad de la justicia, para desarrollar reparaciones traumáticas, para introducirla en el debate político actual o en función del futuro. Hablar sobre ello y elaborar narrativas que unan las vidas y las narraciones, tanto de aquellos que ya no

están, como de aquellos que experimentaron esa historia o de los que no la conocieron. Esa historia a la vuelta de la esquina, de una u otra forma, es de todos, por eso el proceso reflexivo parte de la premisa de alianzas institucionales y apertura de participación, ya sea en torno al debate y los diálogos necesarios, como en su involucramiento en las actividades pedagógicas. Todas estas actividades incidirán en seguir construyendo memoria, enriquecida con una reflexión inherente.

Hoy es día Lunes 75
de Noviembre de 1993.

- Para desarrollarnos debemos tener una buena alimentación. Para que la familia es sang. La CPR de la Sierra produce y todo lo que produce se alimentan.

- La necesidad de que todos los trabajadores nos unamos, para luchar de nuestros derechos como indígena como Guatemalteco.

- Por eso La CPR Lucha por toda la injusticia que ahora vive los indígenas Guatemaltecos.





ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO SE INMISCUYE LA MEMORIA

Luis Pedro Taracena Arriola



La memoria está de moda. Por doquier hay referencias sobre el pasado inmediato o remoto, desde quienes lo asumen con voz grave, quienes denuncian el sufrimiento vivido, quienes hacen del pasado su visión del futuro, quienes lo fijan en conmemoraciones oficiosas, quienes lo convierten en objeto de estudio, hasta quienes lo reducen al consumismo nostálgico de lo *retro*. Más de alguno advierte sus abusos, lo que siempre se traduce en polémica, pues la memoria está cristalizada por la pasión y encariñada con la conciencia, por lo tanto, la mayor de las veces resulta incómoda. A tal grado que hay quienes refutan el pasado aduciendo el no retorno de lo que “ya no es”; y se fascinan con presentes y progresos cada vez menos convincentes. Apelan al olvido en el deseo de obtener cambios y traducen el presente a un inicio eterno. Al defenestrar al pasado pretenden invertir la lógica que les señala como rectores de conservadurismos.

De esta forma, se va vislumbrando la disyuntiva de recordar u olvidar. El recordar no necesariamente es un acto voluntario, aparece por cualquier motivo, a veces de manera inexplicable, conectando sentimientos con experiencias vividas y hasta imaginadas. El recuerdo es individual, pero su evocación siempre está sujeta a lo que otros recuerdan. Es profundamente comunicativo, aunque se oculte o se transmita en susurros, tal como lo demuestra el recuerdo traumático o el de los agravios. Al final el recuerdo involucra a quienes rodean al evocador. Cuando el recuerdo es asumido, transmitido y escuchado, termina por convertirse en memoria, transformándose en código cultural y en imágenes que otorgan sentidos al presente a través del pasado. Se apela al recuerdo en el deseo de lograr continuidad y así lo acaecido se incrusta en el presente. Cuando la memoria adquiere fuerza, mueve voluntades y esboza acciones, pues no sólo transmite herencias de contenidos simbólicos sino que es una manera de estar y ver este mundo. Además, la memoria siempre es variada, al depender de diversas experiencias y expresiones colectivas. De este modo, antes que nada, lo que existe son memorias en constante pugna o diálogo, algunas con el afán de convertirse en memoria única.

El olvido es necesario en el tiempo. Nadie puede vivir sólo recordando, pues la vida sigue y las contingencias y proyectos hay que enfrentarlos. El olvido comienza al seleccionar qué recordar y qué no recordar. Aunque es individual, llega a ser masivo cuando el recuerdo ya no se transmite, pero siempre quedan abiertas algunas rendijas para ser recordado nuevamente. Así, el olvido total es casi una quimera, sobre todo cuando se pretende imponerlo. El llamado coercitivo las más de las veces está asociado a memorias culposas o vergonzosas que exigen olvidar precisamente porque recuerdan. Éstas argumentan peligros

de divisiones de instituciones o pensamientos únicos. En ocasiones, justifican con señalamientos de abusos de la memoria. Pero, la exigencia de olvido puede ser contraproducente y hundir más a las personas en el recuerdo, vivido como trauma, como autocensura o como silencio opresivo. Por eso el recuerdo puede resurgir como rumor que busca ser escuchado. La terapia traumática obliga primero a hablar y a recrear el recuerdo para salir del lodoso piso de la repetición compulsiva. El olvido, para llegar a ser olvido, deambula antes por muchos recuerdos y prácticas que lo restituyen en un presente donde deja de ser fijación obsesiva. Luego se irá desvaneciendo.

La memoria es fundamentalmente política. Incorpora el pasado con las experiencias, sueños, identidades, proyecciones y acciones colectivas del presente. Es parte del drama social. ¿Qué recordar y por qué recordar? Depende de esa pugna y del sentido que otorguen quienes transmiten la memoria. Esa historia a la vuelta de la esquina que evocamos ha dado suficiente cuerda al respecto. Ha sido ésta una historia compartida pero vivida desigualmente por quienes se encontraron involucrados en sus eventos más fuertes. Estuvo marcada por un largo conflicto político y por una herencia de asimetrías de todo tipo. Sus consecuencias han sido lo suficientemente dramáticas como para suponer que se olvidaría pronto. El fin de la guerra se apoyó en un pacto con débil aplicación, mientras el castigo de las atrocidades se dirime lentamente en juicios con sentencias de pronóstico reservado. El debate de la memoria se relaciona con los efectos más visibles en una población maya que pugna por reconocimiento y que ha hecho de la memoria el punto central de su lucha, ya sea esta memoria remota o inmediata. El olvido a cambio de la reconciliación no ha resultado beneficioso. Las reparaciones se aceptan más que las decisiones de denunciar a los culpables, pues muchos son vecinos y el miedo impera. Las aceptaciones de responsabilidad, al ser declarativas, terminan por considerar que nadie es responsable en concreto.

Los olvidos más que olvidos son susurros de una memoria auto-reprimida. Así, el problema no está entre olvidar y recordar sino entre recordar y hablar, pero para ello se requiere de quienes quieran escuchar y de tener libertad de decir. A las víctimas se les recuerda porque se reconoce una deuda con proyección de futuro, que incluye a los que viven en el presente y a los que están por venir. El llamado a recordar puede transformarse en un deber de memoria. Para muchos ésta es una obligación, mientras otros destacan cómo ese imperativo puede convertirse en abuso y contra-argumentan con la necesidad de dejar recordar libremente. Por otro lado, ese llamado no siempre es bien recibido

por quienes se consideran afectados, pues suele mover el precario suelo de vecindades y comunidades en conflicto, donde el silencio se vuelve estratégico para una frágil convivencia.

El deber de la memoria prioriza las acciones éticas y el actuar sobre los daños. Las lecturas del pasado pasan por quienes desean rescatar lecciones del pasado, traducidas en reparaciones y en difusión de verdades. Otros más buscan domesticar el pasado a través de memorias ejemplares y persiguen reformas de las normas de convivencia para atenuar las discordias. Otros ven en el pasado la clave de un futuro emancipador, otros más exigen castigo a los responsables, para de ese modo dignificar a los que ya no están, negando arbitrajes que legitimen impunidades. Por último, están los que abogan por acciones terapéuticas para sanar colectivos lastimados. Ninguno excluye al otro pero difícilmente se conjugan en acción conjunta.





HISTORIA Y MEMORIA, LECCIONES PARA HOY Y MAÑANA

Luis Pedro Taracena Arriola



La historia no está de moda. Hace tiempo que perdió su brillo en recrear la metáfora de la Nación. Incluso, su campo predilecto de difusión, el sistema educativo, la ha abandonado, pues se ha convertido en la más marginal de las materias. Mientras tanto su prima, la memoria, ha obtenido relevancia en tanto se comunica mejor con los deseos de la gente. La historia se concentra en explorar lo que pasó, apoyándose en una reconstrucción rigurosa de cómo y por qué ocurrieron hechos y acontecimientos. Y esa rigurosidad es la que le otorga valor por su representación científica. Sin embargo, cada vez se le hace más difícil elaborar una historia integradora, pues aquellos/as que han sido silenciados/as u olvidados/as han emergido buscando ser reconocidos/as. La historia gloriosa unida a la construcción de un poder que unifica al mandar, con la cual fuimos formados, convence muy poco y se aleja cada vez más de la gente. Ahora la historia ya no puede obviar que la vida se construye a través de relaciones y de reconocer las particularidades que permitan comprender más profundamente a los seres del pasado. Además, se ve obligada a confluir distintas temporalidades y condicionantes, así como a aceptar el peso de las contingencias, de aquello que no es esperado. De ese modo, la vieja historia del tiempo consecutivo ha sido reducida a una parte mínima de la explicación.

Más allá de sus propias vacilaciones y de las intenciones de transformarla, de ser ciencia a verla como literatura, la historia se enfrenta a la disyuntiva de cómo abordar el pasado ya clausurado para ayudar a entender el presente. Y más aún a comprender esos pasados que aún están presentes, que conviven como sombras entre nosotros. Ya no sólo para explicar lo que somos, otorgando coherencia y continuidad a la identidad, sino porque hoy se le exige una mayor utilidad para enfrentar viejos problemas no resueltos, en un presente donde germinan inéditos dilemas que aumentan el desasosiego de no saber hacia dónde vamos. En consecuencia el presente manda al pasado. Aquellos que ya no están entre nosotros se les recuerda mientras sean puestos al servicio del hoy. Eso sí, esperando que en ese proceso dignifiquen su vida vivida.

Esa historia a la vuelta de la esquina, que hemos dibujado en esta exposición a través de marcas fotográficas y contemporáneas representaciones de memoria, está demasiado próxima. Sucedió no hace mucho. Por ello, también saca a la luz lo inacabado, lo que del pasado aún permanece entre nosotros. Basta dar una pequeña mirada y deducir preocupaciones del presente. De la idea de un cambio fundador hemos pasado a una apaciguada transformación. El mundo de hoy nos habla al oído más fuerte que antes y nuestras pequeñas historias están más adheridas a las historias mayores. La política sólo para unos se ha

abierto en diversidad electoral, pero no en reglas inclusivas. Si bien ya no se acallan voces con la intensidad del pasado, continúan desoyéndose los descontentos. La vida ha continuado con caídas al vacío y el *déjà vu* de la violencia sobredetermina el imaginario del hoy.

Muchos protagonistas de esa historia reciente aún viven y sus historias personales, cada una vinculada a otras historias, no olvidan sus heridas y las visiones desencontradas. Sus vidas las cruzan todo tipo de experiencias arraigadas en inercias de desigualdades. Hoy, es común que desvíen sus miradas o que se vean con ojos inculpadores al enfrentarse cara a cara. De este modo, el mirar esa historia a la vuelta de la esquina produce incomodidad, pues siempre tiende a interrogar a los vivos como testigos. Algunos de ellos optan por obviarla e imponen silencios sobre discordias y daños; otros buscan domesticarla para deducir ejemplos que realizar en el presente. Al hacerlo, ambas visiones pretenden alejarse del pasado. Mientras tanto, otros convocan esa historia a gritos, en búsqueda de reconocimientos y de oídos para sus exigencias. Otros más consideran que el conocerla ayudará a ensanchar nuestra comprensión de lo que es el ser humano. De esta manera, ambas buscan aproximar lo que fue con lo que es hoy. Mientras tanto, todos enfatizan algún ángulo en función de pragmáticos objetivos, ya sean políticos y/o pedagógicos.

La idea de memoria histórica se ha convertido en una palabra de sentido común en el campo de la disputa política. Sus orientaciones se relacionan con el “corregir a la memoria” y “recuperar la memoria”, ambas acordes con el interés de la historia de acercarse a la verdad a partir de la reconstrucción de hechos (el pasado pasado). También se acercan al sentido político del presente que supone la memoria (el presente del pasado). Se busca corregir a la memoria pues ésta siempre se encuentra sujeta a los componentes subjetivos de los protagonistas y su apoyo en el recuerdo para dar sentido a lo que viven en el presente. Por su parte, el recuperar la memoria de luchas, resistencias o sujetos olvidados está subordinado a los deseos de memoria pública de los grupos aludidos.

Conocer/verdad, recordar/memoria y juzgar/justicia se presentan como hechos compensadores de la deuda que se tiene con la sociedad y con las víctimas. Verdad para conocer al detalle los hechos y delinear las responsabilidades de los actores; memoria para no olvidar lo que pasó y superar traumas heredados; y justicia para castigar las violaciones como demanda de víctimas y como elemento disuasivo. Estos tres aspectos se orientan hacia el futuro e insinúan

un sentido pedagógico para obtener referentes que impulsen culturas de paz, democracia y ciudadanía.

A la historia le gusta demostrar el aire de las épocas y los procesos con sus antecedentes, causas, motivaciones etc... y los encaja en narraciones orientadas a fortalecer su sentido ejemplar. Sentido que comúnmente se relaciona con la suposición de que la historia puede repetirse y, por lo tanto, es necesario sacar lecciones. Esto obliga a dar importancia a los procesos informativos y educativos. Sin embargo, la historia por sí misma no puede garantizar su no repetición, pero es útil para entender el presente. Así, esos procesos están más destinados a aprender cómo gestionar el presente, que es mucho más que una continuación del pasado. Quizás así se pueda llegar a garantizar un futuro distinto a esa historia a la vuelta de la esquina.



LA FORMA DE LA HISTORIA

SOBRE LA FOTOGRAFÍA EN “ESA HISTORIA A LA VUELTA DE LA ESQUINA”

Emiliano Valdés

Las formas en las que la historia queda plasmada son siempre subjetivas. Depende, sin excepción, de que alguien decida hacerlo, es decir, de que un ser humano asimile los hechos y, mediante un recuento con aspiraciones objetivas o una interpretación abiertamente libre, adquiera una forma “sensible”, susceptible de almacenarse y re-interpretarse posteriormente por otros observadores. Reconocer la parcialidad de cualquier narración, entre ellas la de la Historia (con h mayúscula), nos acerca a la verdad, que no es única y absoluta como a veces se nos quiere hacer creer, sino una más entre muchas otras posibles. De allí que esta exposición también se refiera en parte a la memoria como una versión propia —subjetiva— del pasado, cargado de connotaciones sentimentales. Forjado a partir de la experiencia personal.

Por esto y más, contar una historia es una tarea compleja y ambiciosa, sobre todo si se quiere evitar el riesgo de proponerla como la única forma posible. Por un lado, implica la recopilación de información concreta y concisa (por lo menos en apariencia). Por otro, no puede eludir la tarea de descubrir los ángulos desde los cuales se relatan los acontecimientos, a fin de entender las implicaciones de cada mirada singular. Es dentro —y no independientemente— de ese tejido de formas y visiones que se encuentra la verdad, una especie de consenso, frágil y cambiante, de las lecturas de los hechos que afectan a una determinada sociedad, desde las múltiples miradas que la conforman. La verdad, tanto como la historia, no es unívoca e inmutable, sino que cambia con los tiempos, las personas y sus vidas. Asumir la subjetividad, la posibilidad —o la inminencia— de cambio y dar cabida a otra (s) versión (es) de nuestra historia y nuestra “verdad” requiere de un ejercicio de madurez y humildad, dos características que no siempre están dispuestos a asumir quienes normalmente cuentan la Historia.

“Esa historia a la vuelta de la esquina” es una exposición que busca recopilar y re-contar algunas de las historias que atañen a la Guatemala del último medio siglo a través de la visión de un grupo de fotógrafos y artistas. Por un lado, encontramos a los fotógrafos documentalistas que, con ojo entrenado y curiosidad despierta, grabaron en placas o celuloide, primero, y en soporte digital después, algunos de los episodios más (sobre) salientes a partir de lo que, para efectos de esta muestra, se considera el mito fundacional de la modernidad en Guatemala: la Revolución democrática de 1944. Estas fotografías, pertenecientes a distintas colecciones nacionales y tomadas por varios fotógrafos pasados y contemporáneos (todos los autores que concurren en el archivo de CIRMA, Moisés Castillo, Carlos Sebastián y Daniel Hernández-Salazar, entre

otros), van de la mano con contenidos informativos, al tiempo que ayudan a restaurar la historia y, eventualmente, a reavivar las memorias personales de aquellos que la visitan. Con ello se busca hacer visibles y favorecer el acceso a parcelas de información desconocidas para muchas personas; así como contribuir a la formación de una postura histórica definida entre los guatemaltecos, aspecto esencial de una consciencia ciudadana que permita contribuir al fortalecimiento de una nación que se busca afanosamente a sí misma. El recorrido por estas salas nos enfrenta con el pasado reciente mediante “espejos con memoria” que nos devuelven el reflejo, muchas veces inquietante, de nuestra propia visión de los hechos.

Por otro, encontramos visiones más personales e íntimas, igualmente subjetivas, de artistas que actualizaron o pusieron esos hechos en sus propias imágenes. Algunos fotógrafos conocidos que han trabajado desde o sobre Guatemala aportan sus versiones particulares de la historia local, como sucede con Daniel Chauche o Daniel Hernández-Salazar, a través de décadas de mirada escrutadora y registro diligente. En otros casos, como el de Jean-Marie Simon y Jonathan Moller, la evocación se produce por medio de momentos y proyectos puntuales: la mítica serie de fotografías de la primera, en la Guatemala de los años ochenta, o los libros del segundo, incluido *Nuestra cultura es nuestra resistencia*.

En medio de estos proyectos, presentados con autonomía discursiva y formal, encontramos el trabajo de personas que a partir de su propia interpretación han contribuido a la configuración de una memoria colectiva, unas veces más apegadas a la realidad que otras, pero no por ello menos significativas o “verdaderas”.

Así, el trabajo de reconocidos autores del medio artístico se une al de numerosos fotógrafos documentales que capturaron algunos de los hechos que definieron el presente de nuestro país y que plantean una parte de las múltiples formas de acercarse a la historia nacional. Ambos ángulos ayudan a recordar y sobre todo a poner en perspectiva las distintas fuerzas que dominaron las esferas políticas, sociales y humanas de nuestro entorno durante los últimos 50 años. Asimismo, nos recuerdan que el repaso de la historia se puede llevar a cabo a través de procesos múltiples: desde el registro “objetivo”, pasando por la evocación y la metáfora, hasta la más pura especulación o la representación fotográfica casi abstracta de la realidad. Con esa gama de posibilidades, el espectador puede acercarse al pasado colectivo desde su presente personal.

Desde un punto de vista expositivo, “Esa historia a la vuelta de la esquina” es un proyecto híbrido que combina varias líneas de información que van de

lo textual a lo evocativo, para favorecer una toma de consciencia y de posición, y contribuir a la cicatrización de algunas de las heridas sociales que permanecen abiertas.

Además de información historiográfica concreta y de las dos líneas fotográficas descritas, la muestra incluye una serie de proyectos que —de nuevo— nos acercan a la historia desde perspectivas no lineales. Así, Andrea Aragón presenta en la parte concluyente de la muestra una instalación que pone en relación, literal y metafóricamente, su propia versión de la historia con la versión “real” y “oficial”, mediante la superposición de imágenes en las que, como sucede con el flujo de los recuerdos, la definición de qué sucedió y cómo lo hizo se funde con temores, recuerdos personales y proyecciones de futuro. Ángel Poyón, por su parte, realiza una investigación sobre la pintura producida en su natal San Juan Comalapa durante el período que abarca la muestra y nos recuerda, a cada paso, a cada imagen, otra mirada y otra versión de los hechos desde el escenario donde ocurrieron, mediante una de las técnicas más reconocidas del lugar: la pintura.

Esta exposición, en un ejercicio de superposición de ideas e información que, en cierto modo, recuerda la estructura misma de los recuerdos y que acerca la historia y la memoria para contribuir a su reconciliación y fortalecimiento mutuo. Todo ello, como hemos visto, mediante una amplia gama de formatos fotográficos, prácticas artísticas y soportes informativos. En suma, proponemos un recorrido hacia el pasado de nuestro entorno y nuestro interior, para (re) conciliar recuerdos con hechos, historia con memoria.

LA FOTOGRAFÍA, REFERENTE ESENCIAL DE LA MEMORIA

Daniel Hernández-Salazar

Recordar:

Del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón.

Eduardo Galeano

El libro de los abrazos, 2003

La necesidad de las personas y de las sociedades de cimentar su identidad en acontecimientos pasados, individuales o colectivos es innegable. Si vemos estos acontecimientos como *recuadros*, como sugiere Susan Sontag (2003), la fotografía se vuelve, por antonomasia, un mecanismo idóneo de traslado de memoria de una generación a las siguientes. El papel que las imágenes tienen dentro de la conservación, construcción o recuperación de la memoria histórica y de la identidad es enorme, y da a los artistas, más específicamente a los fotógrafos, la posibilidad de participar en la construcción del imaginario colectivo al aportar a este proceso los referentes de la memoria. Nuestra capacidad de recordar el pasado depende en gran medida de las imágenes, especialmente de aquellas creadas por la cámara fotográfica, apunta Steven Hoeschler (2007).

Ninguna disciplina dentro del ámbito del arte tiene tanto poder evocativo para representar la historia como la fotografía. Además de proveer *recuadros de memoria*, la fotografía, principalmente la fotografía *realista*, contiene un *valor testimonial*. Más aún en países como Guatemala, donde por razones culturales, sociales y políticas (entre otras, precario acceso a la educación, analfabetismo, cultura visual) prevalece más lo gráfico que lo textual y el poder de la fotografía adquiere un papel aún más relevante en la transmisión de mensajes.

Para enfatizar esta enorme capacidad de la fotografía para representar y transmitir la memoria, basta recordar a Sontag cuando dice que: “[L]as imágenes en movimiento (televisión, video, películas) son nuestro entorno, pero cuando se trata de recordar, la fotografía tiene más garra. La memoria congela recuadros. Su unidad básica es la foto fija” (Sontag, 2003:22).

Pero usar la fotografía como soporte en la transmisión de la memoria no es una tarea exenta de riesgos, como tampoco lo es escribir la historia. Es necesario cuidar que las imágenes que construyan la memoria colectiva sean claras en su contenido y representativas de los hechos que van a transmitir y recordar. Qué parte del pasado vamos a registrar influirá directamente en el producto del acto de recordar: la fotografía, como toda forma de arte y manifestación intelectual, es un acto político y una toma de postura.

Recordar no significa simplemente revisar el pasado. Su función primordial es entender el presente, resistir a los controles absolutos, a los poderes represores, a la censura. De cara al futuro, recordar es la mejor manera de evitar que las atrocidades del pasado tengan oportunidad de repetirse.

Si, en la construcción, recuperación y conservación de la memoria histórica, la fotografía proporciona un recurso gráfico invaluable, éste no está libre de sesgos ni compromisos. Pero es el sesgo y el compromiso a la verdad lo que debe prevalecer para hacer que la fotografía produzca lo que Todorov define como la *memoria ejemplar*, aquella que nos permite recordar para replantearnos el presente para forjar un futuro mejor.

BIBLIOGRAFÍA:

- Hoeschler, Steven (2007). *Photography, Urban Space, and the Historical Memory of Atrocity*. The Angel Series en O. Maldonado (Ed.) *So That All Shall Know / Para que todos lo sepan*. Austin: University of Texas Press.
- Sontag, Susan (2003). *Regarding the Pain of Others*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Galeano, Eduardo (2003). *El libro de los abrazos*. México: Siglo XXI Editores.

SOLO LA
REVOLUCION
HACE VISIBLES
A LAS
MUJERES

JACOBO ARBENZ GUZMAN



REVOLUCION



ARQUEOLOGÍA Y REPRESENTACIÓN DE NUESTRA MEMORIA DE VIOLENCIA

Carolina Escobar Sarti

Desenterremos el pasado y ocupémonos de él. Pero la pregunta que surge inmediatamente es ¿cómo nos ocupamos de un pasado de violencia? ¿Cómo representamos ese pasado desde la cartografía del arte? ¿Acaso estética e ideología no están totalmente imbricadas la una en la otra?

Representar nuestro pasado de violencia, pasa por asumir que es en el infierno donde el o la artista generalmente se la juegan, pero también pasa por reconocer que el pasado, como concepto asociado al tiempo, está sujeto a múltiples interpretaciones, y por lo tanto a igual número de representaciones. Una poligénesis interpretativa del pasado también es posible, y se produce cuando una misma interpretación de nuestra historia de violencia surge simultáneamente, pero en distintos lugares y en distintas personas. Lo representado, entonces, no es necesariamente mimético, pero puede llegar a parecerse y a traducir lugares comunes para dibujar una historia paralela a la oficial, por la vía del arte.

Quiero hacer hincapié en algo: no me atrevo a hablar de la violencia en clave de pasado, porque no le hemos dado tregua a nuestra memoria para figurarla desde tal distancia. La violencia, como un *continuum*, ha tomado en Guatemala nuevas formas y es un fenómeno que se ha complejizado, al punto de convertirse en nuestro inseparable Frankenstein. Y se resiste a morir. En este contexto, el arte sostiene a la memoria, pero también anuncia su pérdida irrevocable; retiene de muchas maneras la idea, los cuerpos, la imagen, el sentir, las palabras, las luces y las sombras, los lugares, los objetos y sus nombres. Es así como el arte se convierte en un fetiche habitual que se resiste a permitir que la memoria muera, pero que al representarla también la quiere dejar ir.

El arte puede llegar a representar, a veces desde un indiscutible rigor, ese todo que denominamos realidad, ese pasado de violencia que ha tomado la forma de un presente leproso. Pero, ¿qué representamos a través del arte? ¿Representamos la violencia, el trauma o la culpa? ¿Representamos lo vivido, lo imaginado o lo soñado? ¿No bastaría con decir que los y las artistas son la expresión de su



Foto: Moisés Castillo

tiempo y de la diversidad en la que se inscriben? ¿Queremos recordar que cualquier generalización es una trivialización? No es nada nuevo señalar que toda representación artística expresa, además de las intenciones explícitas de su hacedor o hacedora, un sistema de esquemas de percepción, de pensamiento y de apreciación estética particular. En este sentido, una fosa común puede no ser una fosa común, sino el duelo mismo; un paisaje no tiene que ser un lugar estéticamente plasmado, sino una cartografía del horror; un arma puede no ser un objeto, sino un símbolo de muerte y violencia; y una mujer con los ojos cerrados no necesariamente estará dormida, porque representará a un país que ya no quiere verse en el espejo de la violencia.

Cuando un artista crea, elige el motivo de su obra y lo separa, total o fragmentariamente de sí mismo, hasta volverlo aparentemente ajeno a ese sistema mayor de donde provino. Cualquiera podría pensar que esa representación es una realidad muerta. Pero sucede que el o la artista que perciben y sienten la violencia hasta volverla creación se verán a sí mismos —como parte de algo mayor— en el reflejo de esa obra y en lo que otras personas puedan percibir y sentir al situarse frente a ella. De ahí la paradoja de la obra de arte como resistencia y arqueología evocadora o como expresión liberadora de la memoria. Quien representa nuestro pasado de violencia es al mismo tiempo constructor de memoria y arquitecto de mundos.

Para entender cómo dialogan entre sí violencia, memoria y arte no basta solamente con recuperar las significaciones que proclama esta relación; precisamos también “descifrar el excedente de significación que revela, en la medida que participa de la simbólica de una época, de una clase o de un grupo artístico”, según dijera Bordieu alguna vez.

La representación artística de nuestra memoria de violencia consigue que la superficie del lienzo, que la hoja de papel empalabrada, que el escenario de la tragedia representada o la textura de la piedra tallada, se conviertan en territorios cargados de signos que nos conducen a lugares más profundos de nuestra historia. Sin que necesariamente veamos un “adentro”, somos capaces de reconocer la hondura de los pliegues de la piel, el sudor de las manos ante el miedo, el sabor salado de las lágrimas asustadas, el morboso placer del verdugo y el último aliento de vida en el cuerpo torturado.

Desandar por la vía del arte los pasos de una historia de violencia es un atrevimiento mayor, porque toda dictadura crea consensos sobre los cuales se sostiene y, generalmente, esos consensos se fundan en principios contrarios

a la libertad creadora y a la intención evocadora. Las dictaduras no creen en la historia, la imponen a sangre y fuego. Por lo tanto, representar nuestra memoria de violencia a través del arte es un acto transgresor en esencia, aun cuando no siempre abunde en el color local preferido: el rojo. Aun cuando no siempre grite palabras como violencia, opresión, discriminación, violación o guerra. Aun cuando no siempre dibuje de cuerpo entero a una sociedad masacrada.

Es un acto esencialmente transgresor, porque la violencia que hemos vivido no sólo se cobró la vida de miles de seres humanos, sino que trató de aniquilar el concepto de lo humano como tal. Aquí el acto de destrucción quiso ser del mismo tamaño del acto de Creación original; de ahí que la representación artística de nuestro pasado de violencia sea también y sobre todo una especie de redención de aquella perversa parodia.



PUEBLOS INDÍGENAS Y DERECHOS COLECTIVOS, UN CAMINAR COTIDIANO

Alma López

Mirar antes, mirar después, ver hacia delante, ver detrás, ver hacia arriba, ver hacia abajo, mirar junto, ver de cerca, ver de lejos, ver a la izquierda, ver hacia la derecha, ver la luz, ver la sombra, ver el día, ver la noche, mirar adentro, mirar afuera, es la conexión entre intramundo y el supramundo, interpretación del kabawil la doble mirada

Un principio de la cosmovisión maya es asumir nuestra dualidad, lo que implica fundamentalmente comprender que somos unidad con el todo y que éste va cambiando continuamente y nos devuelve aquello con lo que conspiramos individual y colectivamente, comprensión que se explica por el movimiento existente entre el intramundo, lo que está dentro del ser, y el supramundo, lo que está fuera de éste. El primer plano alude a todo aquello que se considera la conciencia más profunda del ser y el segundo plano está relacionado con los constructos sociales y de poder con el que se modela el ser. Este movimiento tiene su comprensión a partir de la conexión entre las cuatro dimensiones del ser: la primera relacionada con el plano de los pensamientos, la segunda con el plano de los sentimientos, la tercera con el de la materia y la cuarta relacionada con el plano de la conciencia o lo que se suele llamar espiritualidad. Esto es lo que explica la doble mirada. Por esta razón es comprensible que cada linaje de las comunidades Mayas, Garífunas y Xinkas haya traspasado la aparente dominación de más de quinientos años, pese a los resquebrajamientos existentes dentro de la misma cosmovisión, el mundo de lo simbólico y todas las subjetividades a las cuales se siguen enfrentando individual y colectivamente los pueblos indígenas de Guatemala.

Desde la perspectiva de los conocimientos y saberes ancestrales que cada generación en distintos contextos y realidades de pueblos indígenas ha experimentado, es posible encontrar muchas similitudes en la experimentación de

lo que se llama tiempo en el mundo actual, y recalco que estos cambios se generan desde la observación, la percepción y comprensión de los fenómenos a los que se ha enfrentado la población aun en condiciones extremas. En este sentido, la memoria de las distintas opresiones y subordinaciones ha legado en cada generación distintas formas para relatarla. Al mismo tiempo deja lecciones que se han mantenido como la fuerza que ha impulsado giros profundos en la conciencia individual y colectiva para deconstruir las subjetividades y formas impuestas en distintos estadios en que éstas se encarnaron en las relaciones sociales y de poder. Por ejemplo, las expresiones de la guerra en el campo de lo político, económico y social nos permiten observar todos los aspectos que conllevaron al enfrentamiento, a la resistencia, a las pérdidas, a la lucha y a entender, desde la percepción, cómo se atravesaron, qué fuerzas y recursos se usaron. La comprensión permite explicar cómo cada fenómeno pasó a ser una nueva forma de ver el mundo, a las personas, al contexto, a la realidad, al grupo, a la comunidad y sociedad de pertenencia y a medir de nuevo fuerzas, recursos, saberes y conocimientos para seguir avanzando aun en la adversidad.

Lo que se valora profundamente es la vida y entender que ésta va ligada al todo, al mundo de lo visible orgánico e inorgánico, a lo no visible. En este sentido, para los pueblos indígenas la memoria de nuestros linajes es lo que nos permite discernir las formas para avanzar, no de resistir; porque si hablamos de resistencia parece un sinónimo de aguantar, en tanto que el avanzar explica, porque hay momentos de silencio, de escucha, de denuncia pero también de anuncio, de negociación, de movimiento y quietud, de unidad y confrontación... Esta dualidad, asumida de generación en generación, permite que en la actualidad se comprendan las razones para desatar aquellos nudos existenciales que sobrecargaron a unas generaciones más que a otras, lo que permite analizar las implicaciones y responsabilidades que se asumieron individual y colectivamente tanto en la paz como en la guerra.

Algo que personalmente me permite avanzar sobre la memoria del sufrimiento y la victimización es saber que la socialización de éstos fue asumida por las distintas comunidades indígenas según los intereses del momento, las fuerzas y recursos con los que se contaban. A lo largo de la historia han existido grupos que la sobrepasaron, abriéndose a la negociación de distintas formas sin perder el vínculo con la colectividad, con la comunidad, y hablar de ésta es parte del todo conocido y desconocido, lo visible y lo invisible, es el entendimiento que se logra cuando reflexionas sobre tus actos unido a la conciencia familiar, comunitaria y universal; es evaluar la suma de poderes con los que naces y los que

adquieres en tu socialización y hacer un discernimiento sobre con qué te quedas y qué desechas.

Por eso, desde el tejido de la historia y el hoy de nuestros pueblos, hablar una vez más de derechos colectivos significa hablar del ser, del sentido de la vida, del merecimiento, de la alegría, de la espiritualidad y de todo aquello que le da esencia a mujeres, hombres, niñas, niños, abuelas y abuelos que son el mismo pueblo y que les da sentido de pertenencia, de origen y sobre todo de vivir bien. Los derechos colectivos implican, entonces, desarrollar acciones y mecanismos que nos den sustento para el desempeño de todo lo que como pueblos implica ser, vivir, existir en un país que como Guatemala está estructurado desde una perspectiva de racismo. Más allá de las dicotomías de clase, como pueblos indígenas nos ha tocado fundar luchas, enfrentar retos y, sobre todo, nos ha implicado en tejer realidades desde nuestros saberes, conocimientos y cosmovisión como pueblo con y para otros pueblos.



Foto: Jean-Marie Simon

Foto: Julio Zadik



MEMORIAS FRAGMENTADAS DE UN ESPACIO DIVERSO

Anabella Acevedo

Miro a mi alrededor y lo que veo son mujeres que, aun cuando compartan su condición de género y muchos elementos que vienen con ésta, responden a una diversidad tal que hablar de ellas —de nosotras— como grupo se me hace difícil por momentos. ¿Cómo puedo tan siquiera pensar en ponerme a la altura de tantas mujeres valientes que en virtud de la violencia del conflicto armado se convirtieron en sobrevivientes forzadas a salir adelante solas, luego de ver cómo frente a sus ojos sus maridos, padres, hijos eran asesinados? ¿Qué memoria comparto con esas mujeres abandonadas por sus esposos, víctimas de la violencia intrafamiliar?, ¿y con las que, como mi abuela, fueron madres de once hijos?, ¿o con la que jamás en su vida ha tenido que trabajar y va de compras a Miami cada dos o tres meses? Compartimos país, y eso de alguna manera hace que, lo queramos o no, hayamos tenido que lidiar con el miedo y el dolor, con la pobreza y la desigualdad, las propias o las ajenas. Y, claro, hay elementos de nuestra historia que van dejando sus rastros en una memoria compartida que, aun con sus diferencias, no pueden más que influir en nuestras actitudes y nuestras maneras de ver el mundo. Así, la violencia, el autoritarismo, el peso de la religión y la sociedad patriarcal serían algunos de los más notorios. Incluso así los vivimos como mujeres pero ¿qué significa ésto?

Claro, en términos de libertades y de posibilidades, las cosas han ido cambiando, aun en un país de exclusiones como Guatemala. Nunca antes había habido tantas mujeres profesionales, tanta participación social y política, tanto protagonismo y tanta valentía de las mujeres para decidir caminos propios, para usar sus propias voces. Pero esto ha tenido un precio caro. Todavía hay que estudiar a fondo la violencia contra las mujeres y el femicidio en nuestro país, por ejemplo, pero sospecho que hay una relación que tiene que ver con una experiencia común con lo patriarcal, uno de los ejes fundamentales de una memoria compartida, en alguna u otra medida. Podríamos ver también cómo se desarrolló la participación de las mujeres en el conflicto armado, aunque ya memorias como la de Aura Marina Arriola y Yolanda Colón nos dejan ver ciertas cosas, y estoy

segura de que, en una investigación más profunda, la confrontación de las mujeres con la mentalidad patriarcal aflorará de alguna manera. Las mujeres, protagonistas de la historia, ya sea como sujetos pasivos o activos de la misma, han tenido que lidiar con una relación problemática con los hombres. Así, el silencio y la invisibilización son parte de una experiencia común de la historia, con sus excepciones afortunadas y con las diferencias que espacios temporales y contextos personales específicos le otorgan.

Siempre se alude a la maternidad —o al sentimiento maternal—, a una experiencia distintiva de los sentimientos, las emociones, la sexualidad, la experiencia del placer a una afinidad con el mundo de lo natural, con la introspección, entre otras cosas, como características comunes de las mujeres. Sin embargo, no podemos olvidar que hay experiencias que matizan lo común, a veces de una manera desgarradora. La clase social y económica, lo urbano y lo rural, lo generacional, son aspectos que afectan la manera en que vivimos la vida y marcan nuestras aspiraciones a futuro. Además, lo que antes pudo ser un elemento común, tal es el caso de la maternidad, se puede ver a la luz de la modernidad como una imposición social.

Descubrir que Rigoberta Menchú y yo éramos contemporáneas causó en mí un efecto muy fuerte, pues mientras yo estudiaba Letras y Filosofía en una universidad privada, seguramente ella estaba lidiando con la muerte de su padre, sin haber tenido la oportunidad de estudiar y viéndose forzada a una memoria de carencias, pobreza y violencia. Luego me fui a estudiar fuera de Guatemala y, mientras tenía la fortuna de poder ver a mi país desde fuera y repensarme a mí misma, ella tuvo que salir del país por razones muy diferentes, convirtiéndose, lo quisiera o no, en un ícono de la resistencia. Estoy segura de que si nos viéramos a los ojos habría una complicidad inmediata en relación con nuestro género, pero sé que su experiencia del país ha sido y sigue siendo muy particular. Como muchas mujeres luchadoras —la lucha, ¿otro elemento común?— ella pudo salir adelante y hacerse una vida en la que el poder de decisión es parte de sí misma, pero no puedo decir lo mismo de muchas otras contemporáneas, ya sean indígenas o no, o pertenezcan a una clase económica privilegiada.

Tal vez lo que quiero decir es que nos ha tocado nacer y vivir en un país con una historia que alimenta el sentido y la experiencia de lo fragmentario, por lo que la experiencia de la historia y la memoria compartida que como mujeres podamos tener se ve afectada por ese sentido de lo fragmentario, con todos los traslapes y puntos de contacto que podamos tener. Se trata, además, de una historia

común que no nos ha tocado ir reconstruyendo para ir encontrándole sentido. ¿Es la reconstrucción de la historia, de la memoria, algo válido? Yo diría que en un contexto como el guatemalteco es un imperativo que nos ha ido permitiendo reconocer similitudes y poder nombrar lo que a menudo existe como intuiciones. En el caso de las mujeres, y de tantos grupos sociales tan diversos, tocará mediar todo esto a partir de las diferencias obvias, y también rescatar elementos de contacto.





Foto: Jonathan Moller

JÓVENES Y MEMORIA

César García

He nacido tanto y doblemente sufrido
en la memoria de aquí y allá.

Alejandra Pizarnik

En 1996, la mayoría de los guatemaltecos jóvenes habían nacido durante la etapa más dura del conflicto. Muchos de ellos recibieron la firma de los Acuerdos de Paz con entusiasmo, ante la certeza de un futuro promisorio, lejos de las penurias económicas o las desventuras políticas de sus padres. Nada podía ser mejor que el futuro. Treinta y seis años de guerra dejaron un lastre que los informes de memoria no tardaron en contabilizar. Una democracia sin armas ampliaba el panorama de lo posible.

Pero la mayoría de los jóvenes del presente nacieron en la etapa de transición hacia la democracia, entre 1984 y 1996. ¿Cómo imaginan esos jóvenes el futuro de Guatemala?

Las campañas más mediáticas, que cada día disputan entre sí la atención, se enfocan principalmente en el presente, ante la necesidad de actuar “ahora”, sin preocuparse mucho por el pasado, para unos, nostálgico, para otros, doloroso ante la previsión incierta del futuro.

El poco éxito que la sociedad guatemalteca ha tenido en fortalecer la democracia influye sin duda en la ausencia de referentes históricos para unos y otros. Las sucesiones de dictaduras militares, acompañadas del asesinato sistemático y selectivo de líderes civiles, despojaron de legitimidad a buena parte de los sobrevivientes de las generaciones intermedias entre el inicio del conflicto y su finalización.

La llamada “ruptura generacional” se ha dado sobre todo en función de un cuestionamiento de aquellos adultos que viven, pero la memoria de los jóvenes suele reivindicar y mitificar a los que ya no están, cuya historia han aprendido de

boca de los primeros, sea por relación de parentesco o amistad, o gracias a la necesidad de buscar referentes en el pasado mediato.

Los jóvenes que ahora hacen memoria de estos acontecimientos pertenecen principalmente a la generación perdida entre el conflicto y la posguerra, pero la memoria del futuro (de los jóvenes del futuro) posiblemente se alejará de los patrones seguidos hasta ahora, gracias al advenimiento de nuevos paradigmas.

Como verbo, la memoria viene de la mano con la afirmación de que es necesario saber lo que pasó, obligando a algunos a voltear a ver a los mayores antes de formar un discurso propio. Este segmento de la juventud se hace preguntas.

La mayoría, sin embargo, al no reconocerse en esos relatos, canaliza su voluntad de actuar en proyectos que afirman centrarse en el presente, a la espera de que dichos espacios les permitan formarse para asumir mandos del futuro. La justificación de tal actitud es que preguntar trae el riesgo de remover cenizas que cubren pasados vergonzosos.

En el terreno de la disputa ideológica, quienes abogan por la memoria reivindican luchas por un futuro mejor: ¿la nostalgia de lo que pudo ser no siendo? Quienes abogan por el silencio (¿y el olvido?) reivindican que lo que ha sido mejor es el pasado ¿nostalgia de lo que fue a costa de los otros, no pudiendo imponer ese pasado en el presente?

En esa disputa también están presentes rupturas internas relacionadas con fragmentaciones del pasado: dependiendo de hijo o familiar de quién se es, así es la memoria que se reivindica, o no.

Como herramienta, la memoria permite canalizar la energía de los jóvenes en búsqueda de justicia e indagación de verdades. Las nuevas tecnologías al alcance de la mano y la posibilidad de una democracia cuya madurez todavía es incipiente han posibilitado cierto auge.

En el plano de las exposiciones y el arte plástico, si hace diez años la memoria parecía referirse solamente al acto de empapelar la ciudad y llenar de grafiti sus muros, ahora existen cada vez más espacios institucionales que albergan esfuerzos reivindicativos. La memoria en parte ha dejado de ser perseguida, sin que por ello haya dejado de ser autoreferencial, y sin que los avances en la aplicación de la justicia sean, hasta ahora, tangibles.

Como memoria inmediata, una de las principales formas de expresión de rebeldía y reivindicación es la música. Para la generación perdida el medio de

expresión de inconformidad fue el rock alternativo. En el presente viejos géneros musicales, en particular el reggae y el hip hop, han sido el medio por el que se expresan nuevas luchas. El reggae ha canalizado las preocupaciones de muchos por la degradación del medio ambiente, mientras que el hip hop se ha erigido como medio de expresión de grupos autoidentificados con los guetos de las zonas rojas capitalinas, o con la necesidad de resignificar valores ancestrales, como los idiomas, la memoria de los mayas y la tenencia de la tierra.

También están el heavy metal y la llamada música urbana. Para el primero, los espacios se han ido cerrando cada vez más, mientras la segunda se caracteriza por una hibridación que sugiere una futura etapa de mayor inclusión.

La tecnología ha venido a romper también con las tradicionales barreras interpuestas entre el ámbito rural y el urbano. Parte del consumo interno producido por las remesas ha permitido que miles de jóvenes se adapten cada vez más al uso de herramientas audiovisuales, lo que a su vez aumenta las posibilidades de entrecruzar realidades distintas.

Ante el cierre de los medios, la forma como toda esta información se comparte es el espacio cibernético de los blogs, las radios por internet y las redes sociales, con el respectivo grado de alienación que ello conlleva. Parte del reclamo de las generaciones anteriores estriba en el poco tiempo que los jóvenes invierten en escuchar a los mayores, acusación que de forma velada les responsabiliza del olvido, cuando la incomunicación tiene mucho que ver también con aquellos traumas que se callan.

Los memoria de los jóvenes está ahí para testificar el sufrimiento compartido y la reparación todavía pendiente. Su particularidad es que aunque haya quien se niegue a recordar, siempre habrá signos de interrogación dispuestos a albergar viejas y nuevas preguntas. Las primeras son ¿qué es ser joven? y ¿quién define qué es ser joven?



AUTORES

ANABELLA ACEVEDO

Guatemalteca, graduada con un doctorado y una maestría en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Georgia, Estados Unidos. Ha publicado numerosos trabajos sobre literatura y arte contemporáneo en Guatemala. Actualmente trabaja en el Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica. Forma parte del consejo editorial de la publicación feminista La Cuerda.

CAROLINA ESCOBAR SARTI

Escritora, columnista de prensa, investigadora social, académica, consultora y catedrática universitaria. Ha publicado libros, ensayos, obras de investigación social y más de 1,200 artículos de prensa, tanto a nivel nacional como internacional. Ha sido invitada como escritora y conferencista en México, Argentina, El Salvador, Nicaragua, Panamá, Colombia, Estados Unidos, Hungría, España y Canadá, entre otros.

Es graduada en Letras por la Universidad del Valle de Guatemala, y posee una especialización en Población y Desarrollo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales / FLACSO. Tiene una maestría en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Rafael Landívar y un Diploma de Suficiencia Investigadora de la Universidad de Salamanca. Actualmente es doctoranda en Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad de Salamanca con la tesis "Cuerpos, Discurso y Sociedad: Guatemala, Siglo XX".

DANIEL HERNÁNDEZ-SALAZAR

Ciudad de Guatemala, 1956. Ha desarrollado una carrera como fotógrafo durante más de 30 años, tocando temas como la arquitectura, el desnudo, el retrato, el paisaje y la memoria histórica. Durante los años ochenta fue

corresponsal en Guatemala para las agencias Reuters, AFP y Associated Press. Ha presentado su obra en más de 60 exposiciones individuales y colectivas en Centro, Sur y Norteamérica, así como en Europa, Corea y Japón; además, ha ofrecido charlas sobre el papel del Arte en la post-guerra en diversos países.

Ha sido reconocido con diversos premios, como el Jonathan Mann Humanitas (Chicago, 1998) y una réplica de la medalla Nobel entregada por Rigoberta Menchú Tum (1993). En 2005 fue nombrado Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el Gobierno de Francia. En 2007, la Universidad de Texas publicó el libro *So That All Shall Know*, acerca de su trabajo sobre la memoria histórica.

ALMA GILDA LÓPEZ MEJÍA

Quetzaltenango, 1970. Es maya k'iche'. Tiene una licenciatura en Trabajo Social y está especializada en estudios de género, derechos humanos y desarrollo democrático. Entre 2000 y 2004 fue Concejala Municipal Cuarta de la Corporación Municipal de Quetzaltenango y es socia fundadora de AMUTED, Asociación Política de Mujeres Mayas MOLOJ y de la Coordinadora Nacional de Mujeres Mayas, Garífunas y Xinkas.

Entre sus múltiples desempeños cabe destacar que ha sido consultora para el proceso de sistematización y análisis de casos de violencia hacia mujeres indígenas atendidas por la Defensoría Maya, así como del Estudio sobre percepciones de las mujeres Indígenas de sus derechos con GTZ. Además, se ha desempeñado como docente de los diplomados: Técnicas de negociación para mujeres mayas y Derechos y ciudadanía de las mujeres indígenas.

Hasta septiembre de 2009 estuvo en el equipo de consultores JAEL BE para el proceso de fortalecimiento institucional de distintos municipios del departamento de Sololá. Actualmente forma parte de la Junta Coordinadora de la Defensoría de la Mujer Indígena (DEMI) y es coordinadora de la oficina regional

de Quetzaltenango de Holt International, un proyecto de protección y defensa de derechos de niñez y adolescencia.

CÉSAR RAMIRO GARCÍA

Guatemalteco, estudiante universitario, poeta y narrador. Ha trabajado para distintas organizaciones no gubernamentales que desarrollan temas como el voluntariado juvenil, la participación ciudadana, la memoria, la educación y la comunicación intercultural. Ha colaborado con publicaciones emergentes de literatura y ciencias sociales en Guatemala.

LUIS PEDRO TARACENA ARRIOLA

Historiador. Graduado de la Universidad Nacional de Costa Rica. Tiene estudios de Maestría en la Universidad de Costa Rica. Ha trabajado como investigador y profesor universitario en Nicaragua y Costa Rica. Fue asistente de edición de la Historia General de Centroamérica de FLACSO y de otras obras. Director técnico del Centro de Recopilación y Análisis y Medición del Impacto Noticiosos en Guatemala (CREAN) y miembro fundador del Centro de Estudios de la Frontera Occidental de Guatemala (CEDFOG).

Fue responsable de contenidos de la exposición “¿Por qué estamos como estamos?”, del Centro de Investigaciones Regionales de Centroamérica (CIRMA) y del Instituto Internacional de Aprendizaje para la Reconciliación Social (IIARS); así como de la exposición “Arquitectura de Remesas”, del Centro Cultural de España en Guatemala. Consultor de contenidos del Museo Virtual de la memoria histórica de CIRMA. Ha diseñado los contenidos y realizado la curaduría conceptual de la exposición “Esa historia a la vuelta de la esquina”. Coordinador de investigación y contenidos en el IIARS. Ha escrito sobre temas históricos y sociales centroamericanos y guatemaltecos en diversas publicaciones.

EMILIANO VALDÉS

Es arquitecto y curador; actualmente se desempeña como responsable del área de artes visuales del Centro Cultural de España en Guatemala (CCE/G). Ha trabajado en gestión y producción de arte contemporáneo (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, España), así como en el ámbito editorial (Contemporary Magazines, Londres, Reino Unido), siempre vinculado al arte contemporáneo.

Entre sus últimas exposiciones se encuentran: “Hacer la historia”, “Campo& ciudad”, y “¡Progreso!” (en el CCE/G, Ciudad de Guatemala, 2010), “Luis Camnitzer: Ideas para Instalar” (en el CFCE, Antigua Guatemala, noviembre 2009), “Pintura: El proyecto incompleto” (en el CFCE, Antigua Guatemala, abril 2009). Fue curador de la XVII edición de la Bienal de Arte Paiz (2010) y es director artístico de Foto30, el mes de la fotografía en Guatemala.

Foto: Julio Zadik



Créditos

Carmen Díez Orejas
Embajadora de España en Guatemala

Christian Celdrán
Consejero cultural

Mercedes Flórez
Directora CFCE

Inmaculada Ballesteros
Directora CCE Guatemala

Moisés García Rubio
Marta Méndez-Benegassi
espacioce!

Exposición

Luis Pedro Taracena
Curaduría conceptual y diseño
de contenidos

Emiliano Valdés
Asesoría artística y museografía

Eva Sazo Méndez
Pedagogía y componente educativo

Bibliocel
Componente reflexivo

Moisés Castillo
Daniel Chauche
CIRMA (Centro de Investigaciones
Regionales de Mesoamérica)

Marlon García
Luis González-Palma
Daniel Hernández-Salazar

Jonathan Moller
Carlos Sebastián
Jean-Marie Simon

Julio Zadik
Fotografía

Andrea Aragón
Ángel Poyón + Hermelindo Mux
Instalaciones

Alberto Rodríguez
Marco Canale
Instalación Audiovisual

Ambush
Dirección de arte

Gemma Gil
Edición

Estudio A2
FotoEuropa
Daniel Chauche
Impresiones

Rebeca Lozar
Coordinación del proyecto



Jean-Marie Simon
GUATEMALA:
ETERNA PRIMAVERA,
ETERNA TIRANIA

Se imprimieron mil catálogos sobre papel
Bond 90g y Texcote 14 en la Ciudad de
Guatemala, 2011.

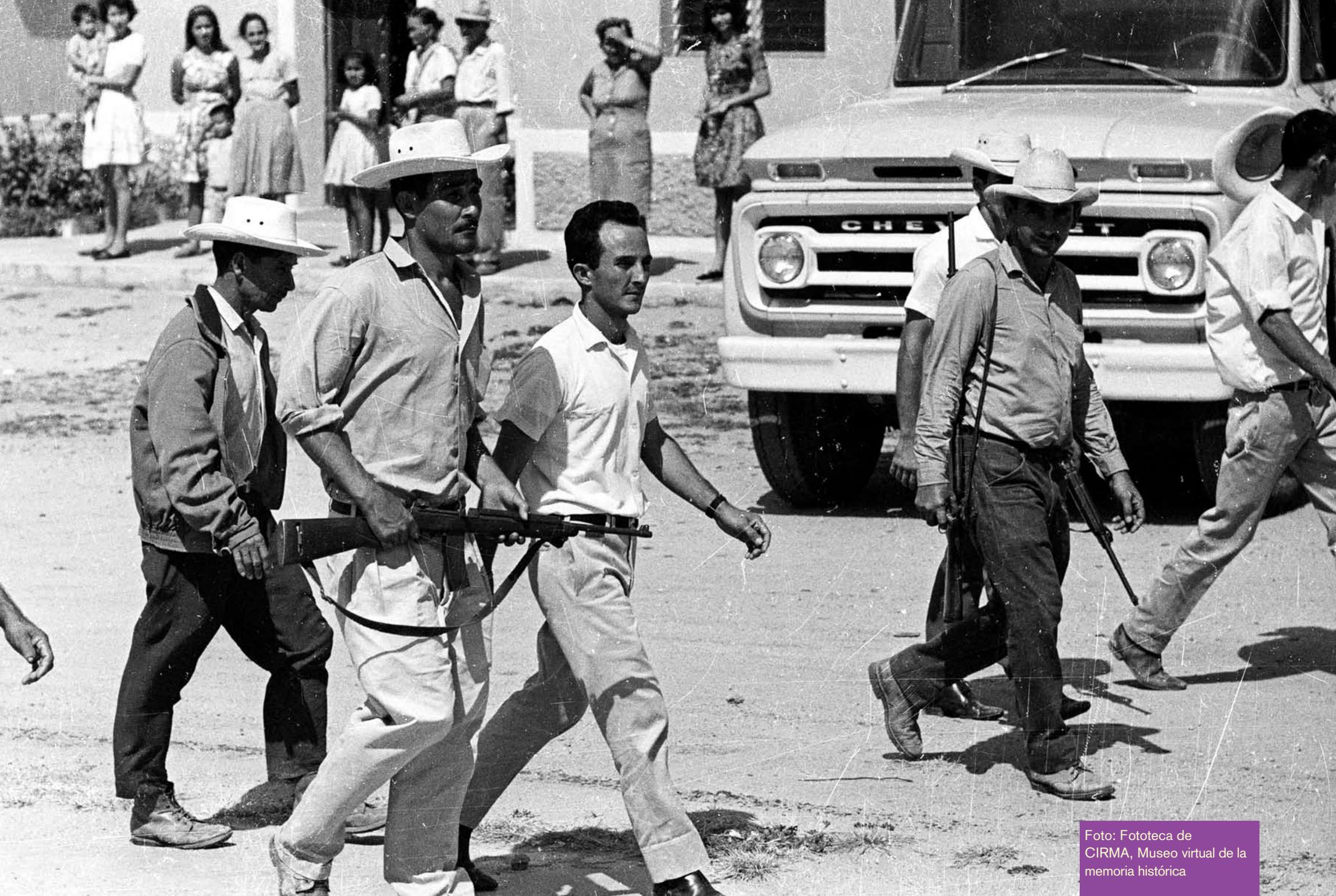


Foto: Fototeca de CIRMA, Museo virtual de la memoria histórica

